

BEGOÑA ORO

MISTERIOS A DOMICILIO

PISTAS
APESTOSAS



RBA

BEGOÑA ORO

MISTERIOS A DOMICILIO

**PISTAS
APESTOSAS**

RBA

Cualquier parecido con los hasta ahora amigos, vecinos, familiares o conocidos de la autora es ~~de agradecer~~ pura inspiración casualidad.

© del texto: Begoña Oro, 2016
© de las ilustraciones: Roger Zanni, 2016
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2016
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
rbalibros.com

Diseño: Compañía

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Primera edición: octubre de 2016

RBA MOLINO
Ref.: ODBO011
ISBN: 978-84-272-1122-3

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Para Ignacio.

*Y para Jorge, Anabel, Francisco, Juan Foraster,
Cheiro... y todos los niños, niñas, monitores
y animales de las colonias de la ILE que vieron llegar
todos aquellos sobres verdes.*



CÓMO EMPEZÓ TODO

—¿Y las cacas? Seguro que no recogeríais las cacas.

—Que síiiii.

—Y seguro que tendría que acabar paseándolo yo

—dijo mi padre.

—Que noooo —dijimos por milésima cuadragésima segunda vez.

—Y ¿le daréis de comer? —preguntó mi madre.

¡¡Tachááááán!!

«Le daréis». Mi padre no habría cometido ese error en la vida.

—Síiiii —dijimos Olivia y yo con cara de angelitos.

Olivia no se había dado ni cuenta.

Pero yo sí.

Era el momento perfecto. Mi madre no había dicho: «¿Le daríais de comer?», no. Mi madre había dicho: «¿Le DARÉIS de comer?». Eso quería decir que, después de dos años pidiendo un perro a diario, varias veces al día, ya casi estaba a punto a punto a punto de caer. Era el momento ideal para lanzar mi arma secreta, la que me había guardado para este momento:

—Y no pondremos la tele ni jugaremos a la Play. Solo los fines de semana.

»Un ratito.

»Pequeño.

»Diminuto.

Mamá y papá se miraron el uno al otro.

Cuando nací, me llamaron Hugo, pero en cuanto me conocieron un poco me llamaron Negociator (se lee: «Negocietor»). Cuenta mi madre que cuando era solo un bebé, antes de saber hablar, conseguía que cambiara la manzana por melocotón cuando me hacía los batidos de fruta. Y que una vez se encontró durmiendo en mi cuna de viaje



mientras yo ocupaba la cama doble. Creo que le dije que mi peluche Blacky y yo necesitábamos espacio.

TOMA NOTA:

«Necesitar espacio» es algo que sirve para muchas ocasiones y que pocas veces te negarán. En el improbable caso de que te lo negaran, prueba a parpadear y di: «¿Es que vas a negarme un poco de espacio?».

Como comprenderéis, en diez años, he mejorado mucho mi técnica.

Me diréis que, si tan bueno soy, cómo es que en dos años de negociaciones no había conseguido un perro. Pero eso es porque no conocéis a mi madre.

En serio, soy bueno. Si queréis conseguir lo que sea, seguid mis trucos.

ATENCIÓN, TRUCO:

A esto que acabáis de ver lo llamo: «ESMACHADA NEGOCIATORIA MORTAL». La aprendí viendo partidos de Nadal. Tú vas peloteando, peloteando... Tus padres, que no; tú, que sí; que no, que sí, que no, que sí, que no... La clave está en

no perder la paciencia. Sí, es un rollo y alguien va a perderla tarde o temprano, pero no puedes ser tú. Tú sigues, y sigues, y sigues. Y de repente, cuando ves que se caen de aburrimiento, sueltas algo que no se esperaban. Algo gordo. Y rápido. Así, ¡zas!, sin darles mucho tiempo a pensar. Y cuele.



Sí, lo normal es que tus padres, o quien sea, se queden fuera de juego y la cosa cuele. A Nadal le suele pasar. Claro que Nadal no tiene una hermana melliza sin la más remota idea de técnicas de negociación.

Yo sí.

Se llama Olivia. Y cuando mis padres estaban a punto de decir: «Está bien, pero...», que es lo que dicen para disimular en vez de: «Sí, has ganado, eres el mejor negociador del universo», entonces, en ese momento en que rozábamos la victoria, fue Olivia y dijo:

—Ni cogeremos la tablet. Jamás. ¡Venderemos la tablet para comprar comida al perrito! ¡Mejor! ¡El dinero que saquemos lo donaremos todo al refugio de perritos!

Hala, ya la habíamos liado.

ATENCIÓN, TRUCO:

Cuando negocies, ¡no lo sueltes todo de golpe! Siempre siempre guárdate cosas que puedas ofrecer. A esas cosas se les llama «bazas».

Lo malo es que, en este caso, la «baza» no era una baza. La tablet no era algo que pensaba añadir a la negociación. En realidad era lo que pensaba guardarme. Con un poco de suerte, ni papá ni mamá se acordarían de su existencia. Y, como no estaría en el trato, siempre podría jugar con ella.

Pero, claro, de nada sirve tener una mente calculadora cuando, además, tienes una hermana con una mente arcoíris.

EL TRUCO DEFINITIVO:

Si quieres ser un negociador único, asegúrate de ser hijo único.

Pero entonces sucedió algo alucinante. Mi madre lo hizo: estiró la boca hacia la derecha, un pelín hacia arriba, como si solo la mitad de su cuerpo quisiera sonreír y la otra mitad no le dejara. Y mi padre también lo hizo: miró la media sonrisa de mi madre y le respondió con un guiño de ojo, que también es una cosa rara, como que medio cuerpo quiere cerrar los ojos y el otro medio no.

Creo que mis padres también se pasan la vida negociando. Ellos negocian con su cuerpo. A veces, medio cuerpo quiere sonreír y el otro medio no les deja. Medio cuerpo quiere cerrar los ojos y el otro medio no. Otras veces, a su cuerpo lo apiporran a comida y luego, ¡hala!, lo ponen a correr una maratón. Un día su cuerpo les va a decir que a ver si se aclaran.

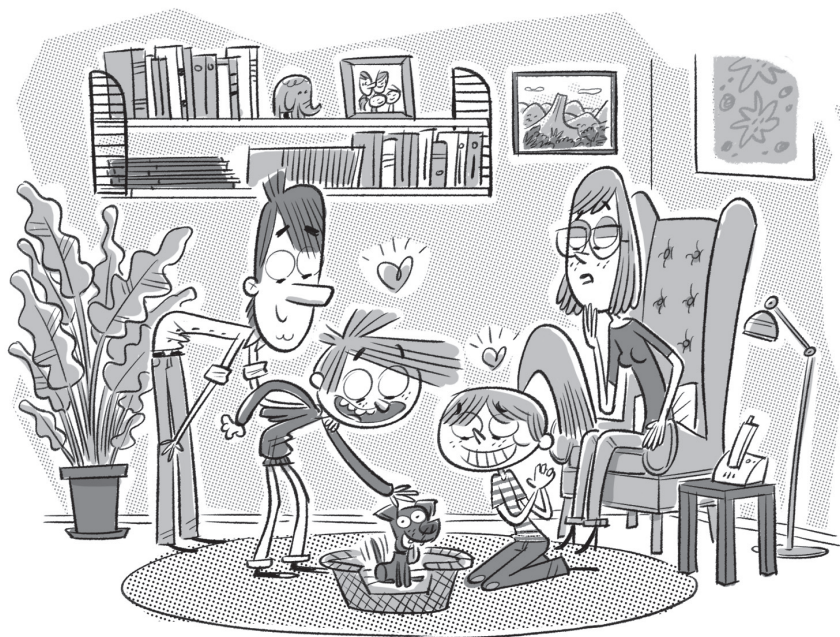
Pero a lo que voy: la combinación de media sonrisa y un guiño solo podía dar un resultado.

Media sonrisa materna + guiño paterno

=

«Está bien, pero...».

**¡¡¡¡NOS DABAN PERMISO PARA ADOPTAR
UN PERRO!!!!**



Y así es como salió de nuestra casa la tablet
y entró en nuestras vidas

TROYA.



TROYA

Troya es el nombre de una ciudad, como Zaragoza, Málaga o Madrid.

Pero Troya es una ciudad que ya no existe, como Pompeya, Machu Picchu o Angkor, aunque yo he estado en el Angkor de Port Aventura y te puedo asegurar que existe, y que sales chipiado.

Todo esto, lo de las ciudades que no existen, nos lo contó papá. También nos contó que en Troya había una mujer guapísima que hacía que todos se enamorasen de ella, y mi madre dijo:

—Algo más tendría la Helena esa, además de ser guapa. Parece mentira que seas profesor. ¡Menuda educación! Luego que...



Pero mi padre la interrumpió y dijo:

—No les líes, que la historia era así. Es que Helena de Troya era hermosísima.

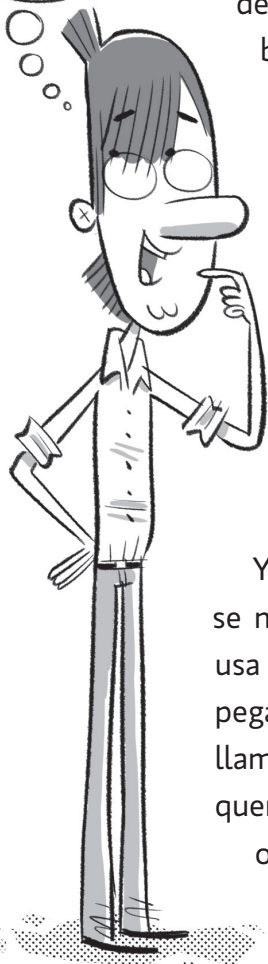
—Pero además de «hermosíííííisima», sería buena, o cariñosa, o lista, o...

—Que no —dijo papá—. Que la historia solo dice lo guapa que era.

Y mamá se enfadó un poco, y se fue refunfuñando, y diciendo algo de un tal Varoufakis, que se ve que es otro griego muy guapo «y algo más tendrá».

Yo no sé cómo era la Helena de Troya esa, pero es imposible que sea más guapa que mi Troya, tan peluda, tan negra, con esos bigotes que pinchan y esos ojos que hablan y esas orejas que le botan cada vez que corre.

Papá también nos contó que los griegos se enfadaron mucho con los de Troya, por lo de que se llevaran a la Helena esa. Se enfadaron tanto que entraron en guerra, pero los griegos no lograban vencer a los troyanos ni a la de tres, porque, además, Troya, la ciudad, tenía unas murallas más altas que las de mi cole, que no las puede trepar ni Mario, que es el chico más alto de sexto. Pero entonces a un griego se le ocurrió una idea, y no era el yogur griego, era aún mejor: hacer un caballo gigante de madera y dejarlo en las puertas de Troya. Los griegos llamaron, toc-toc, y se fueron corriendo en plan: «Va, que nos rendimos. Pero, para que os acordéis de nosotros y para que veáis que nos vamos de buen rollo, os traemos un regalito», y luego cogieron los barcos y fingieron que se daban la vuelta. Y los troyanos pensaron: «Qué majos estos griegos.



Se van y nos dejan este caballo tan bonico», y zas, lo metieron dentro de la ciudad. Lo que no sabían es que dentro del caballo de madera había un montón de soldados dispuestos a salir y acabar con los troyanos. Y eso pasó. Por la noche salieron los soldados de dentro del caballo y además quemaron la ciudad. Y por eso, ahora, cuando va a liarse parda, la gente, o al menos la gente listilla como mi padre, dice que «va a arder Troya».

Yo creo que a papá le gusta que se note que es profesor, y por eso usa palabras raras que luego se nos pegan. Y por eso quiso que Troya se llamara Troya y no Ronaldo, como quería yo, Bolita, como quería Olivia, o Quitabicho, como quería mamá.

(Al final ganó él porque yo me negaba a que se lla-

mara Bolita, Olivia se negaba a que se llamara Quitabicho, y papá, que es del Barça, se negaba a que se llamara Ronaldo, pero nadie tenía un motivo de peso para negarse a que se llamara Troya.)

Yo sé que mi Troya no tiene dentro un ejército de soldados. Es imposible. No le caben. Troya es un cachorrito de labrador, una cachorrita negra. Pero guarda en su interior un arma de destrucción masiva.

Es algo que, cuando sale, también amenaza con destrozar la paz familiar, y ese algo son...

CACAS.





CACAS

Espero que no tengas el mismo problema que tiene mi abuelo Felipe con la palabra «caca», porque te advierto que va a aparecer unas cuantas veces en este libro.

No es por gusto. Es cuestión de necesidad. Necesidades puras y duras. Bueno, puras, puras... Y duras, pues depende.

Además, de alguna forma habrá que llamarlas, ¿no? No voy a decir: «Papá, Troya ha sacado los soldados o las necesidades en medio del salón. ¿Me pasas la fregona?».

Olivia, que es una cursi, llama a las cacas «pastelitos». Papá, «excrementos». Mi madre, que intenta hacer como que no tenemos perro, no las llama. Solo